

# OTOÑADA

(En la ausencia de nuestro llorado D. ADELARDO COVARSÍ)

El genio de la «Otoñada»  
va cabalgando en cometa.  
Siete águiluchos de lumbre  
por el camino le esperan.

Pálido, yerto y dormido  
lo reciben las estrellas  
y posan sobre su frente  
un laurel y una violeta.

Los «Cazadores furtivos»  
vomitan las escopetas,  
lágrimas de los cartuchos  
para ver si lo despiertan.

Pero el silencio de nieve  
responde plumas y quejas,  
y beben los remolinos  
las golondrinas inquietas.

El Guadiana se ha clavado  
como un puñal en la tierra,  
y el sol herido de angustia  
se arrodilla con su pena.

Nubes llevan de horizontes  
en el pico las cigüeñas...  
Campanas de bronce viento  
mueven dos manos de cera.

Extremadura en un grito  
se abre el pecho con las piedras,  
y un ánfora de sollozos  
entristece a la tristeza.

Portugal también le llora.  
«Patrullas de la Serena»  
gimen caminos de montes  
a través de las tormentas.

Águilas de terciopelos  
anidan en las veletas:  
Recogen rocío y sangre  
del vaso de los poetas.

Sienten frío los pinceles  
en el alba de su ausencia,  
y las tardes están mustias  
y sin color la paleta.

¡Covarsí no ha muerto...!

Voces suenan por la tierra  
que immortalizan su nombre.  
Lo vemos en las estrellas  
soñando...  
Ciñen su frente serena  
el armiño de la gloria  
y un puñado de violetas.

De su pincel infinito  
perlas de luces gotean.

¡Que el genio de la «Otoñada»  
va en las crines de un cometa!  
Siete «Águiluchos» de lumbre  
por el camino le esperan.

L. ALVAREZ LENCERO

# Covarsí, extremeño

Los que vivimos en provincias, o más concretamente en los pueblos, por nuestro infrecuente trato con el gran mundo, carecemos de ese signo que pretende ser de distinción y que tan pomposamente llaman «mundología».

Ello nos hace ser de un modo diferente y ver y sentir las cosas de manera distinta que los que alcanzaron aquel privilegio. Nosotros, modestos pueblerinos, mortificamos nuestros espíritus con la pena por hechos que si para los demás resultan intrascendentes por ese prurito de despreocupación que da el ser del gran mundo, para nosotros constituyen el desmoronamiento de todo un sistema de ideas en torno a figuras representativas de cualquiera manifestación de la vida nacional. Demostraremos que somos unos pusilánimes, cursis si queréis, pero es así.

Esto me ha sucedido con la muerte del ilustre pintor don Adelardo Covarsí.

Para todos los extremeños don Adelardo era—y sigue siéndolo ¿cómo no?—una gloria nacional. Su pintura, aunque recluida a los tipos y al paisaje de estas tierras, como Hermoso, ha recorrido triunfal todos los continentes, poniendo muy alto nuestro pabellón. Su último triunfo en la Exposición Nacional proclama también su alta calidad pictórica.

A su muerte imprevista, segada su vida en pleno triunfo, con la congoja que el hecho nos produjo, buscamos con avidez las páginas de los periódicos madrileños, esperando encontrar en sus necrológicas el dolor por la pérdida de figura tan representativa en el arte pictórico nacional. Pero con asombro de pueblerinos, notamos con decepción que junto a páginas enteras dedicadas a la cogida de un diestro taurino, desde su accidente en la plaza hasta recoger su respirar fatigoso al cerrar la edición, solamente cuatro líneas para dar la noticia de Covarsí.

Dentro de nuestra concepción pueblerina comprendemos que los diarios rotativos han de recoger en sus columnas con mayor amplitud aquellas noticias que más interesen a grandes núcleos de lectores y tengan carácter sensacionalista, porque de ellas depende su mayor difusión, o lo que es lo mismo, su mayor venta y aunque reconocemos que hay en España más aficionados a los toros y al fútbol que a la pintura, ello no es óbice para silenciar—que no es otra cosa que la dedicatoria de media docena de líneas—la pérdida de un ilustre pintor, que por la calidad de su obra, es reconocido mundialmente como una gloria nacional.

No pretendo entrar en el comentario que el hecho me sugiere, pero sí hay que reconocer el acendrado amor de Covarsí a su tierra